



**EL VINO TINTO
NO TIENE QUIEN LE GRITE**

JOB LEDESMA PÉREZ



EL VINO TINTO NO TIENE QUIEN LE GRITE
JOB LEDESMA PÉREZ

El vino como engrasador de las relaciones sociales, como acompañante de las mejores y las peores comidas, como fuente de conversación. El vino como elemento del saber y del esnobismo, como simple alimento. El vino como generador de cultura. Para todo eso vale el vino.

Con esos elementos a la espalda, ¿qué tiene que ver el vino con el mundo del rock? Ufff. Poco, y quizás nada. Es un elemento tangencial. Inspira pocas letras y cuando está presente, lo hace de forma escasa y como un elemento más, como verso ligero y abusando de referencias obvias. Vino que sirve para olvidar penas y para acentuar la alegría, vino tinto que se consume despacio, copas que se alzan, mujeres que roban mi champán, y así un largo etcétera.

Como tantas otras sustancias, el vino y la bebida en general entran en el arte como elemento embriagador. Puede que esta inspiración me deje sin pago, en especie, por este texto, pero no deja de ser cierta. Y como elemento embriagador, el vino en el rock tiene una competencia muy dura de muchas otras sustancias más embriagadoras y decisivas en el desarrollo de la música. Huyamos de lo políticamente correcto. Las drogas, o los elementos embriagadores si preferimos ese eufemismo menos duro, son importantes en la historia de la música, y no hace falta recurrir a ejemplos recientes de grandes orgías en los camerinos de estrellas del rock. La cosa viene de mucho más atrás.

Desde el opio que ayudó a Héctor Berlioz a componer la *Sinfonía fantástica* al cáñamo índico que Wagner excusaba como esencial para tratar sus dificultades respiratorias, pero que en realidad le facilitaba la creación de su música pomposa. La heroína tuvo un impacto directo en la evolución del jazz hacia el be bop,

como bien se puede comprobar en la documentada biografía de Charlie Parker. Mientras que la cocaína fue la droga favorita de los músicos latinos que se desbocaban con el mambo, hasta los veteranos soneros del Trío Matamoros le dedicaron una canción con un estribillo eficaz: *“No quiero coca, que me sofoco. / A mí la coca, mamá, me pone loco”*. Inspiración y locura. Hay tantos vínculos entre potentes drogas y música que el vino, a su lado, empalidece casi como un refresco para adolescentes.

El vino parece tan débil rival que, buscando un mayor impacto, en tiempos se mezcló con la cocaína y se vendió a mansalva. Fue el “Vin Mariani”, vino dulce animado por un concentrado de cocaína combinado con vino dulce. Lo inventó en 1863 un químico nacido en Córcega, Angelo Mariani. La fórmula arrasó entre los artistas de la segunda mitad del siglo XIX. Los historiadores destacan que varias obras de Charles Gounod y Jules Massenet están influenciadas por los efectos del Vin Mariani, los compositores, en agradecimiento, le mandaron a Mariani cartas de apoyo. Les ahorro ponerles un símil entre músico famoso y traficante de postín.

Si compositores como Richard Strauss o Alban Berg optaban por la cocaína en diferentes derivados como motor creativo de sus composiciones, ¿para qué querían el vino, además de para acompañar la comida o enjuagarse la boca?

Por ahora, la importancia del vino como elemento creativo y compositivo en la música parece escasa. Y estamos hablando de tímidos compositores de esa parte de la historia que mal llamamos música clásica.



FIG.1. Vin Mariani

Los rockeros miran al vino desde diferentes perspectivas, pero también sin demasiado interés. El vino aparece en estas músicas populares en torno al rock y el pop como elemento metafórico o directo empleado en muchas letras. Y ahí salen los tópicos que les menciono: el vino como engrasador de relaciones sociales, acompañante de una buena comida.

Vamos con varios tópicos y también con composiciones no tan conocidas con el vino como protagonista dentro de la música popular.

Un ejemplo es el clásico de Billy Joel: *Scenes from an Italian Restaurant*. Una botella de vino, aunque con despiste, porque Billy Joel no se aclara si es tinto, blanco

o rosado en los primeros versos, sirve como arranque de una historia de encuentro entre antiguos amores, ahora cada uno por su lado, un poco en plan *Tal como éramos*, buscando un símil cinematográfico. O *El 7 de septiembre* de Mecano, en horripilante aproximación a momentos musicales más conocidos por todos.

Hay una canción que a todos nos asalta si buscamos referencias al vino en la música popular reciente. El celeberrimo *Red, red wine*, popular sobre todo en la versión de la banda de reggae pop británica UB40.

El vino tinto, se me sube a la cabeza y me hace olvidar que te necesito tanto, dice la canción. O sea, el vino y el beber para olvidar la pena del amor perdido. Un clásico en la historia del arte en todas sus vertientes. Lo curioso del tema es que, a pesar de que todos ustedes conocen la versión de UB40, el original es de Neil Diamond, un cantante compositor al que el tiempo ha tratado fatal quizá por lo grandilocuente de su propuesta musical. El original de Diamond tuvo un éxito escaso el año de su edición, 1968, cuando apenas llegó al número 73 de la lista del Billboard, que conviene recordar que incluye a los 100 temas de mayor éxito en Estados Unidos.

FIG.2. UB40 canta *Red, red wine*

Toni Tribe, un cantante jamaicano de rock steady, hizo un año después, en 1969, algo muy habitual en aquella época para la industria de la música de Jamaica, una versión en clave caribeña y sincopada del *Red, red wine*. Ahí está la conexión. Los blanquitos de UB40 decidieron casi dos décadas después rescatar este tema, que creían de Toni Tribe, en su disco *Labour of love*. La versión fue número uno en el Reino Unido en agosto de 1983, aunque curiosamente tuvo un impacto menor en Estados Unidos, donde no pasó del número 34 de las listas en marzo del año siguiente. En 1988, cuatro años después, un DJ recuperó este tema para pincharlo de forma asidua en un club de Atlanta, lo que motivó que el corte volviera a la actualidad, se relanzara como single en Estados Unidos para llegar ahora sí al número 1. Desde entonces, la canción ha conocido decenas de versiones, incluso el propio Diamond la regrabó con un aire más cercano al tema de UB40.

Sirva *Red, red wine* como ejemplo del uso del vino como elemento en muchas letras del rock o de estilos afines. A veces como pasaje central, en muchas ocasiones como punto pasajero dentro de una trama diferente.

Alaniss Morrisette dice en *Ironic* eso de “una mosca negra en tu chardonnay” como ejemplo de cosas que te chafan un momento perfecto, como la lluvia en un día de boda y demás chorradas.

Un grupo independiente actual, The Wave Pictures, de Londres, tiene una curiosidad titulada *Red wine teeth*, o sea, dentadura de vino tinto, o dientes manchados por el vino tinto. La letra habla de la disputa entre el chico y la chica, y no parece claro el papel de esos dientes manchados por vino tinto.

También en esta corte alternativa tenemos el *All the wine* de los melancólicos The National. De nuevo el vino como escapismo, nos dice que el protagonista está horrible pero a la vez vive fantástico, que es un festival, que es una cabalgata, y que todo el vino es para él.

Son muchos los usos del vino en la música, como letra, un tanto excesivos desde un punto de vista gustativo, como el *Alligator wine* de Screamin’ Jay Hawkins, el *Vino de fresas* de la cantante country Deana Carter, el *Vino de Lilas* de Nina Simone.

A veces no hace falta que la metáfora sea tan visible, que una mosca arruine un vino o que el vino sea reflejo de un cambio vital o una excusa para hablar con una chica a la que hace tiempo amamos. A veces es todo tan simple como beber vino, emborracharse y pasarlo bien. En eso el primer terrorista del rock, Jerry Lee Lewis, tiene un tema directo: *Drinkin’ Wine Spo-De-Ode*.

Nos estamos adentrando mucho en el mundo anglosajón. ¿Qué tiene que decir el rock y la música popular en español de esto del vino?

Tenemos de todo, las referencias al vino de Chiclana del *Joselito* de Kiko Veneno. El vino de Chiclana no tiene denominación de origen, a pesar de que es y sobre todo fue Chiclana una zona de mucha vid. Las bodegas de Chiclana entran dentro de los vinos de Jerez, o sea, moscateles, amontillados, finos y olorosos, vinos para una juerga andaluza y para que Joselito atempere su voz de oro.

Kiko Veneno también está detrás de *El vino y el pescado* del G5, proyecto tremendo donde el señor Veneno se junta a los Delinquentes, a Tomasito y a Muchachito Bombo Infierno, “*El vino me dijo esta letra, cuando yo lo bebí, me mojé la nariz*”, dicen en el primer verso. En esta onda del flamenqueo está también el grupo Canteca de Macao con *El atonte del vino*: “*Y con el atonte del vino, decíamos cosas insoportables, y con el atonte del vino se me escapa un te quiero mío, no le echamos la culpa al vino, si te quiero es porque he querido*”.

Y siguiendo con esta trama del flamenco, de la influencia de la rumba y el Veneno en el rock tenemos a Estopa



FIG.3. Kiko Veneno

y su famoso *Vino tinto*, cariño. Es una canción rara porque empieza con el vino pero luego resulta que su protagonista lleva más de diez cervezas encima. En fin.

Y está el *Vino amargo* de Rafael Farina, la metáfora total: “*Vino amargo, que no da alegría, / y aunque me emborrache / no la pueo olvidar, / porque la recuerdo, / dame vino amargo / que amargo, que amargue / pa’ quererla más*”.

De nuevo nos vamos alejando del canon rockero, pero cuesta encontrar relatos vineros en español con garantías. Uno de ellos es *Amor al vino* de Celtas Cortos, un tanto obvia la letra, pero de las pocas dedicadas a eso, al amor por el vino como bien reza su título.

Pero la dificultad a la hora de encontrar referencias al vino en el rock cantado en español tropieza con una evidencia curiosa. España es el único país, que sepa este cronista, donde existe un género musical que en su nombre tiene una evidente, aunque bastarda, referencia vinícola.

Sí, es un sacrilegio mezclar vino, por malo que sea, con cualquier otra cosa, sobre todo con refresco carbonatado de cola. Pero esa mezcla es una de las formas más populares de consumir vino, e incluso la puerta por la que muchos jóvenes entran al mundo del vino, si es que se atreven después de soportar la mezcla de un vino de tetrabrick con una cola de marca blanca de un supermercado a indagar algo más y a reconocer que hay vinos tan buenos que se pueden tomar solos y sin cubitos de hielo.

Hablamos del calimotxo o calimocho, por supuesto, y de su versión musical, el rock calimotxero, calimotxo rock o como se quiera definir. Para los más puristas, estamos en realidad ante una prolongación del rock radical vasko en forma de un rock urbano de características similares: guitarras crudas que rozan pero no caen en el metal, canciones pegadizas ideales para ser gritadas a coro y letras que van de cantos a la borrachera a peticiones de la legalización de la marihuana, que si un día la legalizan acaban con la inspiración lírica de buena parte de la música reivindicativa española, letras en definitiva bastante previsibles donde primaban los ataques a los toros, la policía y demás, letras sintetizadas en la coletilla favorita de Evaristo, cantante de La Polla Records, el grupo canónico del rock calimotxero, que entre tema y tema en sus conciertos siempre deslizaba un delicioso “¡Mecagonendios!”.

Grupos como Reincidentes, los mencionados La Polla Records, Extremoduro, Barricada y MCD son los más destacados y conocidos del género, aunque solo lo practicaran en algunas etapas o canciones concretas de sus carreras. Las letras son de contenido alcohólico, como dije, pero de referencias vinícolas mínimas. Eso sí, el kalimotxo está presente en canciones de La

Otxoa, JB Juerquistas y Borrachos, Josu Distorsión y Los del Puente Romano, Los Borghia, Gigatrón, Manolo Kabezabolo, Zapozain, BB Bino, Desfase, Kalandrakas y Pablo Carbonell, y por supuesto, el himno *kalimotxero* por excelencia, obra de Porretas, su *Kalimotxo*.



FIG.4. Calimocho

En realidad lo de calimotxo rock viene porque esa satánica mezcla de vino malo con refresco de cola era y sigue siendo la bebida favorita de muchos jóvenes con escaso poder adquisitivo que, además de en ciertas referencias de vestimenta y ornamento, tenían en esta forma de expresión musical su forma favorita de comunicación y relación.

Visto con perspectiva, las aportaciones musicales del rock calimotxero son mínimas y poco apetecibles, su impacto estético es preferible obviarlo, pero lo mejor del

rock calimotxero es que estamos ante un estilo salido de la nada, con un apoyo mediático mínimo, cuando no inexistente, y que se impuso por su propio peso entre una generación de jóvenes desencantados, quizá la penúltima que pensó que una revolución era posible y se afaná más en cantarla que en hacerla.

Si el calimotxo es el peor de los inventos para el vino, tanto por darle uso al vino malo como por mezclar el sacrosanto vino con la maldita cocacola, vamos al otro extremo, el de los lujos y los excesos.

El músico que triunfa suele ser una persona con mínima formación cultural que de repente se encuentra con mucho dinero en sus manos y muchos lujos a su alcance. Y la bebida del lujo es el champán. Son numerosas sus referencias en muchas letras como sinónimo de lujo. Incluyen al champán en sus canciones Queen, que citan al Moët & Chandon, Billy Joel habla del Dom Perignon en su *Big shot*, encontramos un famoso verso de la no menos famosa *Hotel California*, de The Eagles, aquello del “*pink champagne on ice*”, incluso Ricky Martin lo menciona en *Livin' la vida loca*. Otras referencias al champán y al vino están en temas de Otis Redding, Joni Mitchel, Muddy Waters, que mezcla porros y champán, mientras Astrud Gilberto prefiere más selecta ella la mezcla de champán y caviar. Además de los solistas, son muchas las bandas que se acuerdan del champán, desde los modernos Fall Out Boy hasta la Atlanta Rhythm Section, pasando por el guitarrista virguero Joe Satriani. El champán es muy dado a asociaciones bizarras, como ese *Champán, abrigo de visión y diamantes* de Suicide, tema que contó con una adaptación más lograda de Primal Scream.

El tan publicitado y chic champán rosado tiene su particular imaginaria rockera donde entran nombres como Georgie Fame & The Blue Fames y Shakin' Stevens. Hombre, y no olvidemos el "sorbito de champán" de Los Brincos.

En el ámbito de la vida privada, los músicos del rock y de otros estilos de la música popular no tendrán mucha formación, pero se acostumbran rápido al éxito. Se comentaba que la bebida favorita de Keith Moon, malogrado batería de The Who, era la mezcla de dos coñacs, uno de ellos de champán, el famoso Remy Martin, y dicen que ese brebaje lo pedía hasta con el desayuno, o mejor, como desayuno.

Hablando de gustos, en tiempos se dijo que Julio Iglesias agasajaba con Vega Sicilia a los invitados en el camerino de sus conciertos. No es champán, pero se nos ocurren mejores maneras de disfrutar de un Vega Sicilia, y sobre todo mejores compañías.

Pero en esto del champán y las músicas modernas hay una reciente polémica con el champán de por medio. Hablamos del famoso Cristal, de Louis Roederer, creado dicen que para el zar Alejandro II quien, obsesionado por su seguridad a finales del siglo XIX, pidió una botella transparente para que no pudiera ocultar ninguna bomba, envase que ahora es marca de la casa e imitado síntoma de lujo.

Es un champán ciertamente caro que, cosa curiosa, se convirtió en todo un símbolo de la cultura del hip hop. Ahí tenemos el ejemplo claro: chicos negros de las clases más bajas que habitan en las barriadas de las grandes ciudades estadounidenses, muchos de ellos con antecedentes por diversos delitos, la mayoría antiguos traficantes de drogas, logran el éxito y se hacen millonarios gracias al rap. Para ellos, el champán Cristal se convierte en un artículo de lujo y en una imagen de éxito que se cuelga en muchas de sus canciones y en recurso habitual en sus videoclips e imágenes promocionales.

Pero claro, Louis Roederer, acostumbrado a convivir con el lujo de millonarios elegantes, de cierta edad, refinados y cultos, se encontró en la boca de un montón de malotes de barrio. Llegó entonces una de esas meteduras de pata históricas.

La revista *The Economist*, en una entrevista al director de Roederer, Frederic Rouzaud, le preguntaron por la asociación del Cristal con el mundo del rap. La respuesta es inverosímil, un producto perfecto de la estupidez: "Es una buena pregunta pero, ¿qué podemos hacer? No podemos prohibir que la gente lo compre. Estoy seguro de que Dom Perignon y Krug estarían encantados de tener ese negocio".



FIG.5. Champán Cristal

El mundo del rap, suspicaz y orgulloso, entendió esa respuesta como lo que era, una muestra de las dudas que siente el elitista mundo de los vinos caros hacia los advenedizos; esa peligrosa relación donde lo bueno es lo más caro, pero los entendidos no siempre son los millonarios. Todos los aficionados al mundo del vino conocen anécdotas de millonarios rusos que mezclan grandes Burdeos con gaseosa o de empresarios chinos estafados con vinos que parecen etiquetas de relumbrón pero en realidad son falsificaciones.

Jay Z, uno de los grandes raperos, dijo que estas declaraciones del famoso Frederic eran racistas y decidió retirar cualquier mención al Cristal de sus canciones y dejar de servirlo en sus clubes nocturnos. A pesar de todo, parece que Cristal no tiene problemas para colocar el medio millón de botellas que produce cada año pero, ¿alguna empresa se puede arriesgar a perder una fuente publicitaria tan gratuita y directa como la que brindaron los raperos? ¿Sería hoy en día el Cristal tan popular entre el gran público de no ser por el apoyo de Jay Z y los suyos? Y tirando más del hilo, ¿le interesa a Roederer esta publicidad gratuita o ahora la empresa vive más tranquila?

Apartado final para el juego contrario: las aproximaciones del vino al rock. Hay una anécdota de Mick Hucknall, que visitó al frente de Simply Red, Tenerife en 2010. Hace un lustro lanzó un vino siciliano y es por lo visto un gran aficionado a esto de los vinos. Le dieron una degustación de varios caldos canarios, a lo 'Bienvenido, Mister Marshall'. Algunos músicos de rock, cuando cogen dinero, hacen lo que otros millonarios, se empiezan a documentar sobre sus gustos caros, y así el vino empieza a formar parte de sus aficiones pero de una manera más seria. No es el único. Tenemos a músicos de grupos tan duros como Tool o Queensryche con intereses también en bodegas.

Y luego tenemos el caso contrario, el vino que busca al rock para inspirarse. Tenemos el vino Jerry García, dicen que inspirado en el célebre guitarrista de Grateful Dead, aunque el músico no era ningún aficionado al mundo del vino. Y tenemos finalmente la confluencia definitiva, *Wines that Rocks*, los vinos que rockean, una línea de caldos elaborados en California inspirada de manera directa en el rock. Tienen el Merlot Rolling Stones 40 lametazos, con el logotipo de la lengua en su etiqueta; el Cabernet Sauvignon Pink Floyd The Dark Side of the Moon; el Chardonnay Woodstock, y el Synchronicity de The Police, un multivarietal tinto.

Todo esto con una bodega moderna, respetuosa con el medio ambiente y con mucha actividad en las redes sociales.



FIG.6. Wines that rocks

Motor de inspiración, protagonista de juergas, metáfora y recurso en las letras, débil fuente en algunas canciones, foco del interés de algunos músicos que deciden emplear su dinero en bodegas o en degustar los vinos más caros... El vínculo del rock y el vino, o de vino y música en general, es como la influencia en nuestras vidas, parece que no, pero está ahí.